

DIOGENES LAERTIUS. *Lives of eminent philosophers.* Ed. with introd. by Tiziano DORANDI. Cambridge: Cambridge University Press, 2013. (Cambridge Classical Texts and Commentaries, 50). 944 p.

El mundo de la Filología Clásica está de gran enhorabuena, al contar hoy, gracias a T. Dorandi, helenista de reconocido prestigio internacional y de probada competencia en particular en la edición de textos, con la nueva edición tan esperada de un autor como Diógenes Laercio (= D.L.), cuyo texto (los diez libros de sus *Vidas de los filósofos ilustres*) constituye un documento sin igual para la historia general de la filosofía griega. Esta nueva edición está destinada sin duda a marcar un hito en los estudios de D.L., que se hallaban aún necesitados de algo tan fundamental como una moderna edición satisfactoria del texto mismo de este autor, que vivió en la primera mitad del siglo III d.C. En efecto, ni la edición de H. S. Long a principios de los años 1960 ni la de M. Marcovich a finales de los 1990 alcanzaron el necesario nivel¹. Baste remitir a las numerosas y unánimes críticas que recibiera la primera, por sus errores y parcialidad, y a las no menos graves reservas que suscitara la segunda, pese a sus indiscutibles avances, en las correspondientes reseñas.

El mismo año que apareciera la edición de Marcovich vio la luz el resultado del proyecto de un amplio equipo de especialistas del CNRS coordinado por M.-O. Goulet-Cazé: una traducción al francés de la obra de D.L., con muy detalladas y valiosas introducciones y notas². Pues bien, ya en su prefacio se anunciaba la edición de Dorandi (entonces destinada en principio a otra prestigiosa colección, la *Collection des Universités de France*). No en vano, aunque la traducción en cuestión se basaba necesariamen-

¹ Cf. LONG, H. S. (Ed.). *Diogenis Laertii Vitae philosophorum.* Recognovit breuique adnotatione critica instruxit H. S. Long. Oxonii: Oxford University Press, 1964. 2 v. (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis); reimpr. 1966; y MARCOVICH, M. (Ed.). *Diogenes Laertius, Vitae philosophorum.* Stuttgartardiae-Lipsiae: Teubner, 1999. 2 v. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana). v. 1: *Libri I-X*; v. 2: *Excerpta Byzantina*; reimpr. Berolini-Novi Eboraci, 2008; *Indices* por H. Gaertner, Monachii-Lipsiae, 2002.

² Cf. GOULET-CAZÉ, M.-O. (Dir.). *Diogène Laërte, Vies et doctrines des philosophes illustres.* Trad. franç. sous la dir. de M.-O. Goulet-Cazé, introd., trad. et notes de J.-F. Balaudé et al. Paris: Librairie Générale Française, 1999. (La poche-thèque).

te en el texto de Long, sus autores pudieron ya beneficiarse ampliamente de los primeros resultados de la colación de Dorandi sobre los principales testimonios manuscritos.

Las deficiencias de la edición de Marcovich aparecida paralelamente confirmaron por fortuna a Dorandi, lejos de abandonar su proyecto, en el empeño de seguir adelante con su propia edición. Han pasado ya desde entonces 14 años, lo que revela la enorme envergadura y exigencia de esta tarea prolongada durante casi dos décadas, como indica el autor en su prólogo. En él manifiesta su conciencia de que una edición de un texto griego no puede ser considerada nunca como definitiva, y confiesa que ha tenido que enfrentarse más de una vez a la tentación (propia de todo filólogo serio y honesto) de retrasar algo más la publicación de sus resultados, con vistas a su posible mejora. Por fortuna de nuevo, esta tentación ha sido vencida en su debido momento, y toda la comunidad científica interesada en el texto de D.L. puede disponer hoy, en el marco de la prestigiosa colección *Cambridge Classical Texts and Commentaries*, de una edición que, si bien por definición no puede considerarse como definitiva, sí resulta ya, por fin, absolutamente satisfactoria.

La paciente y disciplinada tarea del editor de un texto tan extremadamente complejo por su transmisión y por su propia naturaleza literaria como el de D.L. (tarea que no será nunca sin duda lo bastante valorada ni reconocida) ha venido acompañada durante todos estos años por la publicación de numerosos trabajos concretos, que nos hablan del modo tan riguroso como apasionado con que Dorandi ha abordado su proyecto laerciano, un proyecto que, aunque centrado ciertamente en la edición del texto mismo, ha tenido otros muchos intereses y frutos. Por suerte, buena parte de los resultados de estos trabajos de los dos últimos decenios nos los ha ofrecido Dorandi también (reconsiderados y reelaborados) bajo la forma de una sólida monografía titulada *Laertiana*, publicada en 2009³.

La edición que aquí nos ocupa viene precedida de una densa y succulenta introducción (p. 1-57) donde Dorandi presenta lo más relevante que debe conocer el lector sobre la tradición manuscrita (tanto directa

³ DORANDI, T. *Laertiana: Capitoli sulla tradizione manoscritta e sulla storia del testo delle Vite dei filosofi di Diogene Laerzio*. Berlin: Walter de Gruyter, 2009. (Beiträge zur Altertumskunde, 264).

como indirecta) del texto de D.L., sobre sus ediciones anteriores, sobre la historia de los estudios de los que dicho texto ha sido objeto hasta la fecha (desde H. Usener a D. Knoepfler) y sobre las nuevas evidencias que se pueden aportar para la historia del mismo, hasta finalmente llegar a la plasmación de los propios resultados en un nuevo *stemma codicum*, y concluir con la explicación de los principios y la disposición propios de su edición. Las características de la colección han impuesto al editor una lógica limitación en cuanto a la extensión de su introducción, por lo que se agradece poder contar con los *Laertiana* para una mayor profundización en todos estos temas, así como para el complemento de otros que tienen que ver, por ejemplo, con la interesante pervivencia del texto de las *Vidas* en la Edad Media y en el Renacimiento latino⁴.

El principal e indiscutible mérito de la edición de Dorandi es el estar basada en la más rigurosa y exhaustiva autopsia de los testimonios conocidos hasta el momento del texto de D.L., con las dificultades de todo tipo que ello supone. Lógicamente, para abordar esta ardua tarea ha contado Dorandi con el precedente de un destacado elenco de estudiosos de esta tradición que, desde finales del siglo XIX, han ido realizando sucesivas contribuciones más o menos valiosas. En este contexto, Dorandi se sitúa sobre todo del lado de las aportaciones que realizara en 1991 Knoepfler en el caso de la Vida del filósofo Menedemo de Eretria (s. IV-III a.C., cf. D.L. 2.125-144)⁵. Tras plantearse su verificación en el marco de la obra completa de D.L., termina considerando que dichas aportaciones deben ser aceptadas en general, aunque introduciendo algunas precisiones y diferencias. Otro dato importante es que Dorandi ha podido manejar por primera vez de modo íntegro el inédito legado (*Nachlaß*) laerciano de P. Von der Mühlh, conservado en la Universidad de Basilea, que testimonia ampliamente el propio proyecto de edición de D.L. que el estudioso suizo († 1970) no llegó a culminar. Ha podido así tener en cuenta Dorandi en su edición la experiencia y los resultados de su predecesor (al que no en vano dedica su obra), aunque ello no le ha impe-

⁴ Cf. DORANDI, 2009, p. 201-228.

⁵ Cf. D. KNOEPFLER. *La Vie de Ménédème d'Érétrie de Diogène Laërce: contribution à l'histoire et à la critique du texte des «Vies des philosophes»*. Basel: Reinhardt, 1991. (Schweizerische Beiträge zur Altertumswissenschaft, 21).

dido realizar siempre sus propias colaciones de los diferentes manuscritos estudiados por aquel.

Como resultado de sus propias investigaciones, los principales testimonios en los que Dorandi basa el texto de su edición de D.L. son: por un lado, los dos manuscritos íntegros más antiguos y fiables, B y P, que provienen de un mismo modelo (Ω perdido), de los cuales (como ya hiciera Knoepfler) considera como el más valioso B (antes de las correcciones de B²), ya que su copista (del s. XII) es un individuo que se limita a reproducir de modo mecánico el modelo y por ello conserva una tradición más pura, mientras que el de P, aún siendo más antiguo (Dorandi lo sitúa en el s. XI/XII, distinguiéndose aquí de Knoepfler, que lo hacía a finales del XIII), introduce de modo deliberado numerosas correcciones e intervenciones, al conocer mejor el griego; a estos manuscritos B y P, se suma F, posterior (del s. XIII), pero que también proviene del mismo modelo Ω , aunque en este caso a través de un intermediario (Υ , también perdido), y del que Dorandi sólo tiene en cuenta en su aparato crítico al primer copista (F¹, s. XIII) y al segundo (F², s. XIII/XIV), ya que el tercero (F³) se limita a copiar alguna página de un manuscrito tardío del s. XVI; por otro lado, en cuanto a la tradición indirecta, Dorandi tiene muy en cuenta los *excerpta Vaticana* (Φ , s. XII) y otros *excerpta* bizantinos: los del léxico de la *Suda* (ca. 975-80); los de la *Antología Palatina* (Pa), que provienen del códice (perdido) utilizado por Constantino Céfalas (ca. 900); y los fragmentos del libro III (extractos de la *doxografía* platónica), conservados en un manuscrito de Viena (Vi, del año 925), a su vez derivado del códice (también perdido) que habría pertenecido a Aretas de Cesarea (ca. 907; Vi conserva escolios que remontan a este).

Dorandi rechaza la hipótesis de Knoepfler según la cual, en la transmisión del texto de las *Vidas*, habría que distinguir una rama italo-griega autónoma, representada por B, P y F (es decir, Ω , su modelo perdido), y otra oriental representada por Φ . Según su análisis, Ω remitiría a una misma tradición oriental, aunque el copista de B pudo ser originario del sur de Italia o al menos haber sido formado en esa zona (en cambio, P y F habrían sido copiados en Constantinopla, o en todo caso en el mundo griego oriental). Defiende así Dorandi la unidad geográfica de la transmisión. Además, sus investigaciones sobre el conjunto de la tradición

manuscrita le permiten suponer como probable que, tras una primera difusión que pudo realizarse a través de rollos de papiro sueltos (al menos diez) y no sobre códice, las *Vidas* sobrevivieron al final de la Antigüedad Tardía (en el s. VI) sólo en un único ejemplar en mayúscula (X), que se encontraría ya en un estado de conservación bastante defectuoso, con lagunas más o menos extensas, importantes errores e interpolaciones. De este modelo se habrían realizado dos copias transliteradas (es decir, en minúscula, en contra de lo considerado por estudiosos anteriores): la de Ω (de la que derivarían P, B y F), y la de χ , que estaría en el origen de Φ (a través de un intermediario probablemente del s. XI conocido como *auto-graphon excerptoris*). Ese mismo modelo X estaría en el origen del redactor anónimo de la llamada *fuentes filosófica* (Σ) que habrían utilizado la *Suda* y los autores de *excerpta* bizantinos.

Por otro lado, la tradición manuscrita presenta una laguna evidente al final del libro 7, donde falta al menos la conclusión del catálogo de los escritos de Crisipo. Además, aparece un gran espacio en blanco al final de dicho libro en los códices B, P y (algo más breve) en F. Pues bien, la presencia en B de dos *subscriptions* al final de los libros 8 y 9 permite a Dorandi postular que el modelo de ese manuscrito (es decir, Ω , el modelo de todos los códices íntegros más antiguos) hubo de recurrir a otro ejemplar (¿edición?) de las *Vidas* (con *subscriptions*), que conservaba los libros 8-10 ausentes en el anterior, pero que ya se encontraba también dañado al final del libro 7. Así, Ω sería producto de la unión de dos modelos distintos: uno que sólo habría contenido los libros 1-7 (este último mutilado), y otro (con *subscriptions*) con al menos los libros 8-10 (quizá con más, o incluso con los diez), pero mutilado también al final del libro 7. O, si se remonta el análisis más allá en el tiempo, el arquetipo X de finales de la Antigüedad Tardía sería el resultado de la unión, por parte de un compilador anónimo, de dos ejemplares distintos (¿ediciones?): un primer ejemplar X', que sólo habría contenido los libros 1-7 y que no comportaría *subscriptions*; y un segundo ejemplar X'', en el que algunos libros estarían provistos ya de *subscriptions*, y que el compilador habría utilizado para los libros 8 a 10.

La importancia otorgada a la tradición indirecta es una aportación novedosa de la edición de Dorandi. En cambio, considera este de escasa relevancia para la *constitutio textus* los testimonios derivados de la

uulgata (α), surgida de la contaminación de P y de γ (el modelo perdido de F), según Dorandi a mediados del s. XII (en un período anterior al aceptado hasta ahora), y cuyo testimonio más antiguo conservado es el manuscrito V (de comienzos del s. XIV). El manuscrito F se habría visto contaminado por la tradición de esta *uulgata* (además de por la tradición de Φ), concretamente en lo referente a su primer copista (F^1), ya que el segundo (F^2) dependería de P. Pues bien, Dorandi solo recurre de modo esporádico para su *constitutio textus* a los testimonios de estos manuscritos de la *uulgata*, así como de otros manuscritos más tardíos, cuando considera que aportan (casi siempre por vía de conjetura filológica) lecturas mejores que las de los manuscritos B, P, F, Φ y que las de los otros testimonios más antiguos (*Suda*, Pal y Vi).

El riquísimo aparato crítico de esta nueva edición nos presenta tres niveles: un primer aparato recoge sobre todo referencias a las ediciones modernas de colecciones de fragmentos de los autores citados en las *Vidas* (cuyo texto acertadamente Dorandi edita siempre teniendo en cuenta que la suya es una edición de las *Vidas* de D.L. y no del texto mismo de los autores en cuestión, rehuendo, por tanto, lecturas o correcciones impropias de la tradición laerciana); un segundo aparato reúne los testimonios de la tradición indirecta; y finalmente el tercero se reserva para las lecturas de los manuscritos y las conjeturas (se presenta como aparato de tipo positivo; por lo demás, de modo esporádico, allí donde es necesario, se introducen breves frases explicativas y referencias bibliográficas). En este último aparato se omite toda mención de fenómenos como *itacismo* o variantes de acento (con excepción de las que afectan a nombres propios). En el caso de las innumerables conjeturas modernas, con muy buen criterio y en beneficio de la mayor legibilidad del aparato, incorpora Dorandi sólo una selección de las más significativas o ilustrativas de los pasajes difíciles. En fin, por la misma razón (y la evocada más arriba), sólo consigna muy contadas variantes de la *uulgata*.

Elaborada con el más exquisito rigor y la máxima precisión filológica a los que nos tiene acostumbrados Dorandi, esta edición no hace ninguna concesión a la vía fácil ni a la complacencia. Se aleja por ello de la tentación, en la que han caído con frecuencia los editores anteriores de D.L., de introducir correcciones y añadidos allí donde, tras el debido

esfuerzo del editor en el estudio y análisis de todos los testimonios de su transmisión, el texto no puede ser resuelto. Cuando no parece quedar otra salida, queda siempre la honestidad del filólogo que no cae en el *horror uacui*, limitándose entonces a dejar constancia del problema para futuras contribuciones (nunca se puede descartar que a partir de nuevos testimonios).

Ni que decir tiene que la asunción por parte de Dorandi de la propia constitución defectuosa del arquetipo al que se remonta supone ya un elemento determinante a la hora de concebir la reconstrucción del texto. Y a ello se une también la conciencia de la propia naturaleza literaria de la *Vidas* de D.L. (con una constitución no del todo orgánica y cerrada), y de su método de trabajo (basado en la elaboración de *fichas* más o menos modificables y desplazables). Y se une más aún el hecho de que D.L. no pudo sin duda realizar una revisión final del conjunto (la obra habría sido editada póstumamente a partir de los borradores por él dejados). De ahí que esta edición no rehuya plasmar en el texto expresiones que pueden parecer poco elegantes desde el punto de vista estilístico o más o menos descolocadas desde el punto de vista sintáctico, aunque sin duda D.L. las habría corregido si hubiera tenido ocasión.

La edición se complementa, por lo demás, con un utilísimo apartado de pasajes de interpretación difícil, sobre los que Dorandi reúne la bibliografía más relevante (“Subsidium interpretationis”, p. 825-872), seguidos de tres apéndices no menos útiles: uno sobre la métrica de los pasajes poéticos de D.L. (p. 873-875); otro (p. 876-878) con *addenda* a los *Laertiana* de 2009; y otro (p. 879-880) con diversas sugerencias de lectura sobre algunos pasajes de distintos libros comunicadas al editor en el último momento por W. Lapini (quien prepara, por lo demás, actualmente un libro con notas críticas y exegéticas a la *Epístola a Heródoto* de Epicuro, D.L. 10.34-83). Cierran la edición una selección de las abreviaturas utilizadas y de la bibliografía (p. 881-894), así como un obligado índice de los nombres propios citados en las *Vidas*.

Así pues, la tan esperada nueva edición de D.L. se encuentra ya realizada con todas las garantías, y a disposición de los lectores y de los estudiosos, que sin duda debemos congratularnos por ello y manifestar el mayor agradecimiento a su autor. Es ahora el momento de adentrarse en todos sus tesoros y de sacarle seguro partido. Quizá una nueva traducción

del texto a una lengua moderna según esta nueva edición sea un primer ejercicio pendiente. Sería desde luego un complemento deseable, que nadie mejor sin duda que el autor mismo de la edición para llevarlo a cabo por vez primera.

A los estudiosos en fin de las distintas escuelas filosóficas y de las distintas figuras de los filósofos cuyas vidas se describen en D.L. compete ahora la tarea de constatar y considerar con detalle las aportaciones concretas que esta nueva edición ofrece al conocimiento de sus vidas y de sus obras. Así, en mi caso, de un primer cotejo del texto relativo a las vidas de los cínicos (libro 6) se deducen ya interesantes detalles novedosos, que no me es posible detenerme a precisar aquí.

Me limitaré a centrar la atención en algún punto susceptible de discusión y que afecta a pasajes en los que el texto de D.L. resulta especialmente importante, al conservarnos fragmentos que muestran el uso paródico que hicieron los cínicos de la tradición poética. La particularidad del estilo cínico radica en estos casos a menudo en el empleo de un término por otro cercano en la forma pero con un significado bien distinto, que remodela (corrige) a fondo el sentido del texto de referencia. Pues bien, no es de extrañar que en estos casos el texto de la tradición manuscrita fluctúe a veces erróneamente en la dirección del texto de referencia (sobre todo cuando se trataba de textos muy conocidos y más aún si se trataba de Homero), ocultando así la verdadera formulación cínica. En D.L. 6.85 tenemos un ejemplo de ello, donde se cita un fragmento del poema *Zurrón* que el cínico Crates de Tebas (discípulo de Diógenes de Sinope) dedicó a hacer el elogio de la pobreza por él practicada, y en el que un simple zurrón, elemento tan característico del atavío cínico, aparece transfigurado en admirable ciudad situada en una isla, a la manera como Odiseo, haciéndose pasar por un errante Etón, describe su fingida Creta natal en *Odisea*, 19.173 ss. En efecto, parece evidente que, cuando nuestros manuscritos de D.L. reproducen el epíteto περίρρυτος (“rodeado de agua”), debemos leer sin duda más bien περίρρυπιος (“sucio”), como ya supuso Henri Estienne a finales del s. XVI. En algún momento de la tradición se habría producido fácilmente la contaminación con el texto parodiado. Por lo demás, es muy propio del cinismo este tipo de juegos terminológicos que introducen paradójicamente en el elogio (mediante mínimos cambios en la forma)

elementos que no estaban presentes en la tradición, aunque en este caso es posible que no dejara de estar presente la imagen del Odiseo sucio y harapiento descrita poco antes (cf. *Odisea*, 19.72: ῥυπόω). No en vano, la imagen del Odiseo vagabundo que, bajo sus andrajos, oculta toda la fortaleza de un héroe (cf. *Odisea*, 18.74) está en el trasfondo de uno de nuestros testimonios sobre otro cínico, Bion de Borístenes, referido en este caso a su estilo, que un autor como Eratóstenes (s. III a.C.) declaraba valorar más allá de su apariencia vulgar⁶.

En nuestro pasaje de D.L., la ciudad ideal de Crates se presenta con los rasgos de un vagabundo que vive con lo mínimamente necesario que pueda contener su zurrón. Así como Crates convierte Κρήτη (Creta) en Πήρη (Zurrón), πόντω (la inmensidad del mar) en τύφω (la vanidad y el sinsentido del mundo circundante), del mismo modo convierte περίρρυτος (“rodeado de agua”) en περίρρυπος (“sucio”). En atención a esta dinámica tan propiamente cínica, todos los editores de D.L., desde Estienne hasta Dorandi, han aceptado la corrección de la tradición manuscrita, a mi juicio con total acierto, por vía de conjetura filológica en tiempos modernos.

Pues bien, mi atención se centra ahora en cambio en otro pasaje muy cercano (D.L. 6.95), contenido en el apartado de las Vidas de los cínicos dedicado a los discípulos de Crates, concretamente a Metrocles de Maronea (el hermano de quien fuera su esposa Hiparquía). Antes de convertirse en seguidor del cínico Crates, Metrocles fue discípulo del peripatético Teofrasto, y, educado en el mayor refinamiento propio de una escuela como el Liceo, la fragilidad de su carácter a punto estuvo de costarle la vida por no poder asumir determinados aspectos de la naturaleza humana como el simple hecho de peer (se dice que sin querer lo hizo en medio de un ejercicio oratorio), hasta que Crates, con su ejemplo vivo, lo sacó del pozo insensato en que se hallaba hundido, demostrándole la naturalidad y aun bondad de ese tipo de fenómenos. Acto seguido, Metrocles se hizo discípulo suyo y, como demostración simbólica de que todo lo que había aprendido-enseñado hasta entonces no merecía ningún respeto ni consi-

⁶ El testimonio de Eratóstenes sobre BION (Γ 12 Kindstrand) lo conserva Estrabón (*Geografía*, 1.2.2) y refiere que se podía decir sobre él a menudo, parafraseando *Odisea*, 18.14: οἶην ἐκ βακέων ὁ Βίων.

deración sino que era pura futilidad, se nos dice que quemó enteramente sus obras y que, mientras lo hacía, recitó un verso trágico (= *TrGF*, *adesp.* 285 Kannicht-Snell): τὰδ' ἔστ' ὄνειρων νερτέρων φαντάσματα (“no son más que fantasmas de sueños infernales”). D.L. añade que otros afirman que lo que pronunció (mientras quemaba sus apuntes de las clases de Teofrasto) fue un hexámetro homérico, que Dorandi (como ya hiciera Marcovich) edita tal como aparece en la tradición de Homero (*Iliada*, 18.392): Ἥφαιστε, πρόμολ' ὦδε, Θέτις νύ τι σεῖο χатиζει. Ahora bien, como el aparato crítico pone bien de manifiesto, en este caso la tradición manuscrita laerciana fluctúa: B y el primer copista de P presentan Θέτις, pero el segundo copista de F presenta πόλις, forma que aparece igualmente como una variante *supra lineam* por mano del cuarto copista de P.

La aparición del verso en su forma puramente homérica no parece tener gran sentido en el contexto, al margen del hecho de referirse al dios del fuego Hefesto. En particular, no parece en absoluto pertinente en este contexto el papel de Tetis⁷. Sin embargo, resulta comprensible el dilema ante el cual debió de encontrarse aquí Dorandi, sobre todo cuando su concienzudo estudio de la tradición manuscrita le lleva a privilegiar en el establecimiento del texto el testimonio de B y el del primer copista de P. Ahora bien, considero que en este caso la lectura πόλις atestiguada por el segundo copista de F y por el copista más reciente de P debería ser tratada como una *lectio difficilior* y preferida por tanto a la lectura Θέτις. En efecto, si el modelo de los copistas que escriben πόλις hubiera presentado efectivamente Θέτις, resultaría más difícil explicar el paso de Θέτις a πόλις, mientras que el paso de πόλις a Θέτις resulta más explicable, por ser esta la lectura que aparece en el conocidísimo texto homérico. Los copistas pudieron volver al texto homérico por contaminación o por incompreensión del juego paródico contenido en el texto hasta ellos transmitido. ¿Cómo explicar, en cambio, la aparición en nuestra tradición manuscrita (nos estamos refiriendo a una época en torno al s. XIII/XIV) de esta lectura πόλις que en principio no se esperaría, si el

⁷ Ya lo puso de manifiesto GOULET-CAZÉ, 1999, p. 758, n. 6, aunque sin dejar por ello de traducir el texto homérico. En el contexto de este, Tetis se dirige a Hefesto con el ruego de que fabrique nuevas armas (las célebres de la leyenda) para su hijo Aquiles tras la muerte de Patroclo.

texto laerciano hubiera contenido siempre hasta entonces Θέτις?

Personalmente (aunque soy consciente de que se trata de un asunto discutible) me decanto por elevar dicha forma πόλις al texto mismo de D.L., como ya hiciera Long. De este modo además se consigue que el hexámetro en cuestión tenga mayor sentido en el contexto, y entre a formar parte de aquellos otros versos de la tradición que los cínicos “corrigen” con su estilo característico. Quizá el prejuicio en torno a los cínicos como filósofos nada dados a los asuntos que conciernen a la πόλις sea uno de los argumentos que hayan llevado a los críticos a desechar aquí la posibilidad de esta lectura paródica. Sin embargo, en mi opinión, si superamos las miras cortas de un primer acercamiento, no deja de tener pleno sentido que un cínico del s. IV a.C. tenga en cuenta el ámbito de la polis en el que de hecho actúa. La comunidad “tiene una imperiosa necesidad” (χατίζει) de que el fuego destruya las falsas enseñanzas en las que hasta entonces había creído Metrocles, para que nadie tenga que volver a sufrir por ellas como él de un modo tan aberrante. Así debió de sentirlo al menos Metrocles cuando se dispuso a quemar sus escritos. Evidentemente, en boca del cínico el concepto de “polis” debe ser entendido en una clave muy singular, en la misma en la que aparecía de hecho en el poema de su maestro Crates sobre la utopía filosófica representada por Πήρη.

En efecto, los cínicos (y menos aún en el siglo IV a.C.) no se presentaron ni se comportaron como sabios retirados al margen de la sociedad, a diferencia de lo que vemos en los gimnosofistas de la India con los que se entrevistó el historiador (que fuera discípulo del cínico Diógenes) Onesícrito, quienes se mantenían en el campo, a una prudente distancia de la sociedad⁸. Lejos de rehuir a los hombres que viven en las ciudades, los cínicos griegos los “buscaban” activamente (aunque casi siempre sin éxito) y aún necesitaban del contacto con ellos, por más que estuvieran radicalmente alejados de sus modos de vida y de pensamiento; necesitaban de ese contacto, porque era así como podían reconocer mejor la corrección y la necesidad de sus planteamientos, y al mismo tiempo podían mostrar públicamente las contradicciones y los yerros en los que se movían los hombres con los que deliberadamente convivían, y sacar

⁸ Cf. el testimonio de ESTRABÓN. *Geografía*, 15.1.63-65.

quizá de paso de su pozo profundo a alguno de ellos, como hiciera Crates con Metrocles. Este, después de su conversión al cinismo que lo liberó de aquella estúpida depresión sin aparente salida, quiere también ser útil a los demás hombres, del mismo modo que Crates le fue útil a él mismo. Y, con su gesto de quemar públicamente los escritos que recordaban sus vanas enseñanzas anteriores, quiere mostrarles a sus contemporáneos por qué camino no deben seguir y cuál es, en cambio, la verdadera senda de la felicidad. En cierto modo, Metrocles estaría aquí repitiendo el gesto que el propio Crates hizo al inicio de su conversión a la filosofía cínica (siguiendo en su caso el ejemplo de Diógenes), cuando se desprendió públicamente (se diría casi de modo oficial, según el estilo de las proclamas de la ciudad) de todas sus riquezas⁹.

Mi última consideración se refiere a otro pasaje del libro que dedica D.L. a los cínicos (6.13), concretamente al testimonio de Neantes de Cícico (= *FGrHist* 84 F 24) sobre la práctica de Antístenes relativa a la indumentaria, donde me parece un gran acierto que Dorandi mantenga en su edición (a diferencia de lo que hicieran Long y Marcovich) la forma ἀπλῶσαι (se refiere al manto, θοιμάτιον) que figura en los manuscritos (BPF) en lugar de la conjetura διπλῶσαι, que remonta a Claude Saumaise (s. XVII) y que coincide con el verbo utilizado en otro pasaje del propio D.L. (6.22) donde se habla de esta práctica por parte de Diógenes. En efecto, me parece de la mayor importancia que un autor contemporáneo de los primeros cínicos como lo fue Neantes describiera la práctica de Antístenes con respecto al manto con el verbo ἀπλῶσα, lo que significaría que Antístenes (apodado Ἀπλοκύων, como sabemos por el testimonio del propio D.L. 6.13) habría simplificado su vestimenta reduciéndola al simple manto. Por supuesto, ello no resultaría contrario a la práctica del doblado, como medio para rentabilizar la versatilidad y eficacia de la prenda de vestir. De hecho, se nos dice que Antístenes habría enseñado esta práctica a Diógenes (D.L. 6.6), al que no extraña tampoco que (en aquel afán heurístico tan propio de la historiografía griega) algunos pudieran considerar como el iniciador de la misma, ya que, al carecer él ya de casa, podía disponer así de un cobertor para dormir (D.L. 6.22). Razón de más en cualquier caso

⁹ Cf. los testimonios recogidos en G. GIANNANTONI, *JSR* V H 4-17.

para reivindicar para Antístenes (Ἀπλοκύων) aquel ἀπλῶσαι θοιμάτιον testimoniado por Neantes, en el que sin duda estaban encerradas muchas posibilidades de simplificación cínica de la vida en lo que a indumentaria se refiere, incluida la del doblado (que no era en el fondo sino un “doblar” para “simplificar” los elementos del atuendo por la vía de diversificar su modo de uso).

Para concluir, sólo me resta felicitar vivamente a Tiziano Dorandi por esta excelente edición, que representa lo más granado de la actual Filología Clásica, y más concretamente de la actual Filología Griega, y pone de manifiesto su pleno vigor también en lo que se refiere a la más ardua y fundamental de las tareas del filólogo: la edición de textos, aún más elogiabile cuando se trata, como en este caso, de textos difíciles, que requieren una dedicación (de tiempo y energías) poco acorde en principio con la tendencia predominante hoy hacia la “rentabilidad” más inmediata del trabajo científico, que está afectando también por desgracia al ámbito de las Humanidades. En efecto, cada vez son menos los que se embarcan en esta laboriosa tarea de la edición (en el pleno sentido de la palabra) de textos clásicos (y menos aún quizá desde el ámbito de las universidades, con todas las otras obligaciones que se suman a la investigación, de las que Dorandi, como miembro del CNRS francés, agradece en su prólogo haberse podido ver liberado). Razón de más para expresar todo nuestro reconocimiento a quienes generosamente sí lo hacen e invierten en esta tarea editora largos años de su carrera y de su vida, y ello además sin la menor mengua en su restante producción científica, siempre prodigiosa (por cantidad y calidad) en el caso de Dorandi.

Pedro Pablo Fuentes González
Universidad de Granada